

El joven Antonio Gramsci y la experiencia de la escuela de L' Ordine Nuovo¹

Hernán Ouviaña*

“Las masas populares trabajadoras arden en deseos de aprender a leer y escribir, de iniciarse en todas las ciencias. Pero aspiran igualmente a la educación, que no les puede ser dada ni por el Estado, ni por los intelectuales, por nada ni por nadie más que por ellos mismos”

Anatoli LUNACHARSKY
Decreto sobre la educación popular,
Petrogrado, 11 de noviembre de 1917

* Político,
Docente de
la Fac. de
Cs. Sociales
(UBA)

Aunque no siempre ha sido reconocido, la problemática educativa constituye uno de los ejes que atraviesa en filigrana al conjunto de la elaboración teórica, el compromiso político, e incluso la vida familiar de Antonio Gramsci. Sin embargo, las variadas lecturas que se han realizado en torno a su obra han hecho foco, casi en su totalidad en el período carcelario posterior a 1926, desmereciendo los momentos previos de reflexión e intervención política. A contrapelo de estas interpretaciones, podría afirmarse que la cuestión pedagógica, lejos de ser algo residual o acotado a un lapso específico de su itinerario intelectual, resulta el hilo rojo que enhebra buena parte de sus reflexiones y propuestas revolucionarias, tanto juveniles como durante su forzado encierro. Ello es así debido a que para Gramsci, desde sus primeros años de incursión en la militancia

socialista y la labor periodística, la pedagogía siempre debía entenderse desde una óptica política, y a la inversa: toda práctica política que pretendiese aspirar a transformar la realidad de raíz ameritaba ser concebida sí o sí en términos pedagógicos, vale decir, profundamente educativos. Solo así cabía pensar en una verdadera emancipación integral del género humano.

Pero a diferencia de las tradiciones clásicas del marxismo, esta praxis emancipatoria no debía ser realizada a posteriori de la “toma del poder”, sino que de acuerdo con Gramsci comenzaba a ser ensayada en diversos espacios de autoeducación proletaria y popular, gestados por las propias masas durante su lucha. A esta propuesta innovadora que conjuga medios y fines la llamaremos pedagogía prefigurativa. Consideramos que en sus escritos periodísticos y en los proyectos que lo ligan al movimiento obrero y a diversos ámbitos de educación militante, formula notables aportes para la elaboración de una praxis pedagógica liberadora, la cual se enmarca a su vez en una estrategia de transformación social integral y de largo aliento, que debe ir construyéndose ya desde ahora en los múltiples territorios en los que se desenvuelve la lucha de clases, y no una vez que se haya conquistado el poder político.

Si bien los Cuadernos de la Cárcel suponen un desarrollo original -aunque ambiguo y desarticulado- de determinadas hipótesis de trabajo ligadas a la problemática educativa, creemos que el joven meridional que participa de la vida social y política de la fría Turín, realiza una gran contribución a una concepción crítica y anticapitalista de la práctica pedagógica. Y aunque resultan evidentes ciertas reformulaciones efectuadas en su fase carcelaria, o incluso en la inmediatamente previa, no existe un corte tajante entre aquel militante revolucionario de L' Ordine Nuovo y el pensador insurgente de los Cuadernos. En este sentido, podemos afirmar que a lo largo de su vida militante Gramsci siempre ha sostenido una concepción dialéctica del vínculo enseñanza-aprendizaje que podemos denominar prefigurativa, en la medida en que además de impugnar las prácticas escolares propias del orden social dominante, intenta anticipar, en los diferentes espacios que configuran la vida cotidiana, los embriones o gérmenes de la educación futura.

II.

Si bien Gramsci participa desde muy joven en algunas iniciativas ligadas a la construcción de una cultura y una educación autónomas, serán especialmente la revolución rusa y la creciente efervescencia obrera en Turín las que lo obligará a postular un proyecto pedagógico integral que, lejos de acotarse a la crítica de las instituciones educativas clásicas, demande simultáneamente el esfuerzo de formular una propuesta alternativa que tenga encarnadura real en la vida cotidiana de las masas trabajadoras y anticipe en el hoy los gérmenes de la sociedad futura.

Desde esta óptica de autoafirmación militante, durante el mes de abril de 1919, junto con tres jóvenes socialistas de Turín (Umberto Terracini, Palmiro Togliatti y Angelo Tasca, ninguno de los cuales alcanzaba los treinta años) Gramsci decide fundar el periódico L'Ordine Nuovo, cuyo subtítulo será “reseña semanal de cultura socialista”. El nombre aludía, con una clara influencia del proceso abierto en Rusia, a la reorganización del “nuevo orden” que sobrevendría tras el derrumbe de la decadente civilización burguesa. El 1º de mayo de ese mismo año, en ocasión de la jornada histórica de lucha del proletariado mundial, editan el primer número bajo el siguiente lema: “Instruíos, porque necesitaremos toda vuestra inteligencia. Agitaos, porque necesitaremos todo vuestro entusiasmo. Organizaos, porque necesitaremos toda vuestra fuerza”¹.

Como relatará tiempo después Gramsci (1998g), “sus artículos no eran estructuras frías e intelectuales, sino que brotaban de nuestras discusiones con los mejores obreros; elaboraban los verdaderos sentimientos, metas y pasiones de la clase obrera de Turín, los cuales nosotros mismos habíamos provocado y puesto a prueba. Porque sus artículos eran, prácticamente, un ‘tomar nota’ de los eventos reales, vistos como momentos de un proceso de liberación interior y de auto-expresión por parte de la clase obrera”. La investigación cultural y la

¹ La fecha elegida para salir a la calle distaba de ser trivial. Exactamente un año atrás, en un artículo publicado en *Il Grido del Popolo* Gramsci había expresado que lejos de ser un día de “protesta por la ocho horas”, constituía un momento de la vida mundial, “una anticipación, en la actualidad, de lo que deberá ser la vida de la sociedad futura”. Véase “Primo maggio 1918”, en *La Città Futura*. 1917-1918, Einaudi, Torino, 1982.

lucha política se amalgamaban así en cada uno de los números del periódico, publicando textos y documentos que intentaban fomentar el debate y la reflexión sobre las propias prácticas de los trabajadores, sin desmerecer la difusión de artículos de gran valor artístico y literario. Así, se reproducían desde las teorizaciones de Lukacs, De Leon o Korsch en torno a las experiencias consejistas, hasta los aportes de intelectuales como Barbusse, Rolland, Eastman o Gorki para la renovación de la cultura social.

En consonancia con esta vocación de transformación integral de la vida, Gramsci impulsará a mediados de 1919 la conformación de “Soviet de cultura proletaria”, destinados a “estudiar los problemas locales y regionales” y conocer las necesidades urgentes de la población. La reciente conquista de las ocho horas, de acuerdo a su caracterización, dejaba un margen de tiempo libre que debía ser destinado a instituir colectivamente una nueva cultura en común (Gramsci, 1987). A su vez, en el editorial de *L'Ordine Nuovo* del 15 de noviembre de 1919 -que reproducimos por primera vez en castellano en esta sección- se planteará la propuesta de creación de una escuela que apunte a la formación de “intelectuales socialistas” de nuevo tipo. Esta iniciativa, lejos de ser una idea antojadiza de una reducido núcleo de jóvenes inquietos, se empalmaba de lleno con una de los objetivos fijados por el ascendente movimiento de los consejos de fábrica en Turín: la necesidad de generar instancias de autoeducación de los trabajadores, tal como había quedado expresado en el Programa de los Comisarios de Reparto, reproducido por los ordinovistas en el número anterior de su periódico²; uno de cuyos apartados se iniciaba con el sugestivo título de “Por las escuelas proletarias”. Así, durante ese mes y el de diciembre del mismo año, el periódico organizará alrededor de una veintena de encuentros que le darán vida a este espacio autónomo de formación política, intentando romper con la visión de la educación como algo necesariamente “académico y libresco”. Bajo la modalidad de lecciones teórico-prácticas y de conferencias centradas en la cuestión del Estado de los Consejos, la escuela de cultura y propaganda socialista tendrá como principales participantes a obreros adultos y a jóvenes estudiantes. Entre los expositores, además de los integrantes del semanario figurarán algunos profesores de izquierda vinculados al grupo ordinovista.

² Véase “Il programma dei commissari di reparto” (8 novembre 1919), *L'Ordine Nuovo* (edición facsimilar), Teti Editore, Milán.

A escasas semanas de iniciado, Gramsci relatará entusiasmado en una de sus crónicas periodísticas, que durante el curso se pudo observar a “estos insólitos alumnos, la mayor parte de ellos no muy jóvenes, por fuera pues de la edad en la que aprender es algo simple y natural, todos pues extenuados tras una jornada de oficina, seguir con las mas profunda atención el transcurso de la lección, esforzarse por tomar apuntes, sentir fehacientemente que entre aquel que habla y aquel que escucha se ha establecido un canal vivaz de inteligencia y simpatía. Esto no sería posible si en estos obreros el deseo de aprender no surgiera de una concepción del mundo que la vida misma les ha enseñado y que ellos sienten la necesidad de esclarecer, para poseerla por completo, para poder vivirla plenamente. Es una unidad que preexiste y que la enseñanza busca reanimar, es una unidad viviente que en las escuelas burguesas en vano se busca crear”. Como reconoce Marcos del Roio, la escuela ordinovista “no tenía la intención de preparar a los trabajadores para un mundo extraño a ellos. Por el contrario, la idea era reforzar el principio de solidaridad y el de saber-hacer que era propio de su cotidianidad de productores, de incorporar el aprendizaje ya adquirido en el espacio público generado por la huelga, por el comicio, por el debate”. Y si bien su objetivo era “educar al proletariado para la autogestión de la producción y para la administración pública, entendida como autogobierno, en la escuela del trabajo también serían cultivados los intelectuales generados por la propia clase obrera, en condiciones de crear una nueva cultura, distinta y contrapuesta a la de la intelectualidad burguesa y también reformista” (Del Roio, 2006).

El propio programa de la escuela nocturna de cultura y propaganda socialista será reproducido en las páginas de L'Ordine Nuovo, incitando a los lectores a sumarse y participar activamente de esta experiencia innovadora; e incluso Avanguardia, órgano de la Federación Juvenil Socialista, lo publicará en diciembre, dándole así una repercusión a escala nacional. Vale la pena transcribir uno de los párrafos en donde explican la dinámica de funcionamiento de los cursos impartidos, porque subyace allí una concepción pedagógica sumamente disruptiva con respecto a la educación tradicional: “Cada argumento -explican- será tratado en modo didáctico, intentando de fijar la atención de los alumnos sobre algunos conceptos y sobre el nexo lógico del razonamiento. Para obtener este objetivo verán compilado un resumen esquemático de cada lección, no más extenso de cuatro

páginas impresas; y de ser posible los resúmenes de las lecciones serán recogidos en fascículos y distribuidos a los alumnos”.

En paralelo a esta experiencia de autoformación tan estimulante, en los sucesivos números de *L' Ordine Nuovo* aparecerán artículos vinculados con el desafío de la praxis educativa en una sociedad en transición, entre los que cabe mencionar la quinta y última parte del prolongado y polémico texto “El sistema Taylor y los consejos de productores”, escrito por el comunista libertario Pietro Mosso bajo el pseudónimo de Carlo Petri, que intenta plantear una fundamentación teórico-práctica de la necesidad de “reunir la escuela con la vida en la producción”, a partir de la cual “el trabajo se integrará con el estudio y todos deberán aprender los unos de los otros”. Así, a mediados de 1920, el semanario difundirá sendas notas sobre los proyectos educativos impulsados en territorio europeo y, especialmente, en Rusia: “Il ‘Proletkult’ ruso”, redactada por “un compañero” del país vecino, donde se detallan las actividades promovidas por la organización a los efectos de darle a la cultura una función productiva y creativa, de forma tal que contribuya a la conquista completa del poder, incluido el intelectual; “Instrucción popular”, escrito por la compañera de Lenin Nadezhda Krupskaja; “Templo o laboratorio”, “Cultura Proletaria” y “La instrucción profesional técnica en la Rusia de los Soviet”, todos ellos elaborados por el camarada Anatoli Lunacharsky, flamante Comisario de Instrucción Pública en Rusia; así como opúsculos de carácter más general producidos por Roman Rolland o Henri Barbusse. En conjunto, todos ellos apuntarán a dotar de herramientas teórico-prácticas al movimiento obrero turinés, crecientemente organizado en torno a los consejos de fábrica, donde todos los trabajadores (estuviesen o no sindicalizados) podían ejercer la autogestión productiva y la toma de decisiones colectiva, con el propósito estratégico de fortalecer la autodeterminación de clase en todos los planos de la vida social, en particular el espiritual.

III.

Los dos textos que publicamos a continuación son, hasta donde

hemos podido constatar, inéditos en castellano³. El primero de ellos, titulado “Crear una escuela”, fue publicado originalmente sin firma como Editorial del periódico L'Ordine Nuovo, en noviembre de 1919, aunque su autor es el joven Palmiro Togliatti. Por su parte, el artículo “Crónicas del Orden Nuevo” fue escrito por Antonio Gramsci, y forma parte de una columna que él tenía a cargo bajo ese nombre.

Es importante aclarar que si bien existen unas pocas antologías que intentan sistematizar aquellos pasajes donde el pensador italiano reflexiona sobre la cuestión educativa -tales como la compilada por Mario Manacorda bajo el título de *La alternativa pedagógica*- lo cierto es que resultan sumamente escasos los libros que den cuenta de la abundante cantidad de notas periodísticas redactadas por Gramsci durante su intenso período juvenil en la convulsionada Turín, que se abocan a esta problemática. Por lo general, sus intérpretes han reducido sus aportes pedagógicos y contra-culturales a las dispersas notas carcelarias escritas entre 1929 y 1935, desvalorizando aquellas reflexiones que van, en especial, de 1916 hasta 1922. Sin embargo, consideramos que éste es un momento de suma creatividad y experimentación teórico-práctica en el plano cultural y educativo, que por tanto amerita ser reexaminado a la luz de nuevas fuentes e investigaciones. Desde ya, no pretendemos agotar la temática sino simplemente poner en evidencia la existencia de una afición permanente por la cuestión educativa en el joven Gramsci y, en un plano más general, en el grupo ordinovista del que formaba parte.

³ Ambos artículos los hemos traducido del original italiano junto con Cecilia Alonso. Se han conservado sin alteraciones las notas al final de cada artículo que lleva la versión italiana.

CREAR UNA ESCUELA

EDITORIAL DE L'ORDINE NUOVO, AÑO I, NÚMERO 26, 15
DE NOVIEMBRE 1919

(NO FIRMADO, REDACTADO POR PALMIRO TOGLIATTI)

En Turín, por iniciativa de la Federación de los Círculos Socialistas, está por comenzar a implementarse el proyecto, muchas veces presentado y discutido en las filas de nuestro movimiento, en congresos de jóvenes y adultos, de dar vida a un órgano dedicado exclusivamente a hacer obras de cultura y de estudio. Por expresa voluntad de los iniciadores el nuevo instituto forjará líderes y se puede decir que por ahora asumirá casi exclusivamente la forma de una escuela de propaganda socialista. No está excluida, aunque se intentará hacer de manera que en torno a esta institución central otras se desarrollen con objetivos afines, por ahora sin embargo la actividad de los compañeros que se preparan para el nuevo trabajo, como guía y organizadores por un lado, como alumnos por otro, debe tender a este objetivo: crear una escuela.

Queremos exponer brevemente los principios fundamentales, los conceptos directivos a los cuales se deberá atener, fijar en sus grandes líneas el fin que se deberá proponer, esforzarnos de ver bajo qué condiciones y hasta qué punto podrá ser realizado. Se trata de hacer un pequeño examen de conciencia: examinar las posibilidades y las capacidades nuestras y de los futuros alumnos y adecuar a ellas el programa. Lo importante, en estas cosas y en este momento y en un contexto como el nuestro, es no avanzar con las palabras y con los proyectos más allá de lo que será posible lograr, de tener sobre todo, un sentido preciso de realidad. Permaneciendo fieles a la realidad, adhiriendo a las cosas cómo efectivamente son, estaremos en condiciones de controlarlas y de dominarlas, ejercitando a través de ellas una acción eficaz de transformación. Es necesario que "La palabra no exceda la obra". Las palabras, en nuestro caso, son realmente grandes.

¡Crear una escuela! El valor de esta expresión no aparece quizás a todos, inmediatamente, en toda su extensión, y en modo exacto. No se dejará percibir en ella el signo de un vano y dañino propósito de pedantes, incapaces de abrazar horizontes más amplios que aquellos

que se pueden vislumbrar de una cátedra, detrás de un montón de papeles impresos, en un aula llena de chicos aburridos. ¿No es pues este el concepto que la mayor parte de los hombres se hace de una escuela? ¿Esta palabra no se asocia de por sí con la imagen polvorienta de un lugar tedioso, dónde una manada de perezosos instruye y se instruye, es decir, se ve constreñida a hacer un trabajo que no le corresponde y no le gusta; a mascullar conceptos; a hojear libros, a garabatear cuadernos? Y frente a esta imagen, espontáneamente, como en el ánimo de un preso el recuerdo de un día de libertad y de sol, surge la otra, aquella de la vida, que se le opone cómo antítesis, de la vida que es árbol verde y no fría y gris materia, que es espontaneidad y sinceridad, no obligación ni pedantería, de la vida que es búsqueda de la propia verdad y de sí misma, por las grandes y libres vías del mundo, y se rebela a quien quiera apresarla entre las paredes de un aula, condenarla en las páginas de un libro.

En realidad los dos términos, la escuela y la vida, se oponen de manera tal que parece insalvable solamente cuando se tiene de una, una idea académica y libresca y de la otra una idea superficial e ilusoria. Nosotros ya hemos tenido la oportunidad de reaccionar, hablando del valor que le asignamos a la palabra cultura, respecto de estos errores. Crear una escuela quiere decir educar, educar quiere decir formar hombres, actividad educativa es toda actividad humana en cuanto se desarrolla bajo la forma de colaboración en una obra común. Sobre todo donde se persigue un fin que va más allá de los límites de nuestra individualidad, donde se obedece a un principio y a una ley –y valga para nosotros aquella de negar y de abolir todas las leyes que existen hoy en día- dónde se sabe que en éste armonioso querer está la esencia y la mejor parte de nuestra personalidad, en una palabra, sobretodo donde existe un centro de acción común, donde hay un centro de educación, donde se forman hombres, allí hay una escuela. Y las escuelas mismas, los institutos creados con un fin educativo explícito, no deberían tender a otra cosa que a esto: a volver clara, a volver conciente esta preexistente unidad de espíritu; cada enseñanza deberá reducirse a ser una colaboración activa para sacar a la luz aquello que antes estaba en la sombra, un esfuerzo por unificar, por dar a la liberadora actividad común un carácter orgánico y sistemático.

Verdadero maestro no es quien nos dice: “vengan a mí que tengo y les daré la verdadera verdad”, sino quien quiere buscarla, la verdad, con ustedes, por los caminos de la acción y de la vida. Verdadera y única maestra de todos sólo es la vida en todas sus formas. Allí radica para

nosotros la necesidad de aferrarnos a ella, de sacar de ella la medida exacta de los límites y de los modos de nuestra acción.

En general, todas las escuelas que han hecho y se hacen para el pueblo están viciadas por un error fundamental, que deriva de la pérdida de vista del principio que la escuela debe ser una colaboración, y que para colaborar es necesario tener un principio común del cual se parta y sobre el cual se trabaje. Los cursos de las universidades populares se reducen a una serie de conferencias, de exposiciones doctas y a veces magistrales, pero separadas unas de las otras, disgregadas, a menudo discordes. El principio unificador es exterior, no es el interés y la necesidad del alumno, sino un programa preestablecido, cuando no simplemente la vanidad de quien enseña.

Se apela al pueblo haciendo alarde de muchas nociones cómo de una mercancía multicolor y creen de tal manera imponerse, interesar, hacer una obra útil. Pero, para quien escucha, toda aquella mercadería es cosa muerta: cada uno lleva a la escuela un problema propio, diferente del de los demás y ninguno encuentra aquello que lo reconforte, aquello que había ido a buscar. Falta en principio la unidad.

Nosotros alcanzaremos la unidad porque haremos una escuela de socialistas. Los compañeros que asumirán la tarea de enseñar y aquellos que la asumirán cómo alumnos, diferentes en edad, en costumbres, en género, en condición social, serán y son al fin de cuentas ligadas por el hecho de trabajar con los mismos propósitos y de alimentar la misma fe. Ayer un cuartel, hoy una oficina o un escritorio, mañana una calle sublevada: queremos que nuestra vida, la acción y el pensamiento sean unificados por el objetivo que nos hemos fijado y que está ante nosotros. Si un poco de esta voluntad entrara en nuestra escuela, estaríamos ya muy cerca de alcanzar aquello que nos proponemos. Aun si no lográramos enseñar grandes cosas, en el verdadero sentido de la palabra, lograremos al menos templar en el trabajo común nuestra fe.

Pero también en la enseñanza, sino grandes cosas, para las cuales no seríamos ni aptos ni capaces, alguna cosa estamos seguros que se podrá obtener.

Vivimos en un periodo de crisis, no solo para nuestros enemigos y para el mundo que habían construido y que ahora se desmorona, sino también, en cierto modo, para nosotros.

Nuestra crisis es distinta: aquella es una crisis de destrucción, ésta de nueva creación. Pero la incertidumbre es compartida: ellos ven poco a poco destruirse el dominio de las cosas y del mundo y de sí mismos, nosotros no logramos aun afirmar plenamente, como quisiéramos, nuestro dominio y nuestra voluntad. Tenemos necesidad de ver cada vez más claro, de saber cada vez mejor, qué debemos hacer.

El obrero en la oficina no se conforma más con las viejas formas, pero quiere avocarse sin más a la tarea, sobre un terreno virgen, para abrirse el camino del porvenir. El hombre político busca establecer los primeros lineamientos de los nuevos institutos, el estudioso se acerca al hombre de acción, no puede permanecer indiferente a la obra que se inicia. Si miramos los escritos de nuestros maestros, tanto mas nos damos cuenta que las críticas y las previsiones han encontrado una respuesta en la realidad, tanto mas ansiosamente buscamos en sus páginas una guía para el trabajo positivo que se trata de emprender ahora. Creemos que el socialismo hoy deja de ser una crítica o una expectación, para devenir construcción, creación de voluntad operativa. Nos sentimos cada vez más cercanos al día de la prueba y no queremos ser tomados por sorpresa.

Ahora bien, en condiciones similares, en un momento cómo éste, aun manteniéndose dentro de los límites restringidos y modestos, se puede desarrollar una preciosa obra educativa cuando se busque colaborar con la formación de la nueva mentalidad que las nuevas condiciones requieren. Debe ser una mentalidad concreta, realizadora, una mentalidad política en el buen sentido de la palabra: es decir, tal que considere los problemas teóricos como inseparablemente vinculados con los prácticos, imposible de ser resueltos sin descender al terreno de la acción y que al mismo tiempo conciba la solución a los mismos problemas de la práctica como algo que no puede obtenerse sino operando de manera regular, orgánica y unitaria. Esta transformación del socialismo, que deja de ser solamente negador para volverse afirmador y reconstructor del mundo, que de crítico se vuelve práctico y activo, es el hecho mas grande de la historia proletaria actual. No exageraríamos si dijéramos que hoy el mundo se renueva: por un lado, asistimos a la construcción de los primeros núcleos organizados de acuerdo a los nuevos principios, por el otro a la elaboración de renovadas costumbres sociales. Los pioneros avanzan ya con paso firme.

Esta seguridad de extenderse, debe generalizarse, debe convertirse en patrimonio común de toda la clase. Formado un pequeño centro de

estudio y de discusión esperamos poder contribuir en parte a esta obra. Por eso hemos fijado, como tema central y motivo fundamental de las discusiones que se tendrán en la escuela de propaganda: “El Estado de los consejos” y en base a eso iremos reagrupando de la manera mas orgánica que nos sea posible el tratamiento de los problemas esenciales para la creación del orden nuevo. De tal modo, aun sin desarrollar un curso completo de teoría y de historia del socialismo, podremos darle unidad a la enseñanza y hacerla eficaz.

Sobre los resultados, si bien alimentamos alguna esperanza, no nos hacemos ilusiones. Sabemos de la imposibilidad material de habituarse a un largo y metódico trabajo de escritorio en una oficina. Pero estamos convencidos de una cosa: quien venga a nuestra escuela desde su trabajo cotidiano, no traerá consigo sólo el cansancio físico, el agotamiento de la rutina, sino también un poco de la voluntad, del propósito que se ha madurado en su espíritu, desde su lugar de trabajo, de liberarse de cada constricción del cuerpo y del espíritu, de luchar con ardor siempre renovado y tenaz para obtener pleno reconocimiento, para tener plena posibilidad de desarrollo personal. Y nosotros llevaremos a la escuela el deseo, de colaborar con este gran esfuerzo de emancipación humana, de darle cada vez más regularidad y claridad, de volverlo cada vez más fuerte, más seguro de sí, más arrollador.

Si nuestras voluntades logran fundirse y unirse completamente, si unos le extrajeran renovada fe y otros mas fino y sagaz espíritu critico, si ambos obtuviéramos aunque sea sólo como resultado un mejor conocimiento de nosotros mismos, de valorar de manera mas ajustada los fines y los medios y las posibilidades de nuestra acción, no habremos actuado en vano. Habremos dado vida a un pequeño centro de acción común, habremos mejorado una pequeña parte de la humanidad, habremos trabajado por educar y educarnos, habremos realmente creado una escuela.

“CRÓNICAS DEL “ORDEN NUEVO” XXII

**ARTÍCULO PUBLICADO EN L'ORDINE NUOVO, AÑO I,
NÚMERO 30, 20 DE DICIEMBRE 1919.**

(NO FIRMADO; REDACTADO POR ANTONIO GRAMSCI)

El primer curso de la escuela de cultura y propaganda socialista ha comenzado la semana pasada, con la primera clase de teoría y el primer ejercicio práctico, de manera que no ha dejado de llenarnos de satisfacción. Desde el principio nos sentimos autorizados a abrigar las más grandes esperanzas por el éxito. ¿Por qué negar que algunos de nosotros dudaban? Dudábamos que, encontrándonos solo una o dos veces a la semana, cada uno cansado por su propio trabajo, nos fuera posible encontrar en todos aquella frescura sin la cual las mentes no pueden comunicarse, los espíritus no pueden unirse y la escuela no puede realizarse, como serie de actos educativos vividos y sentidos en común. Quizás nos volvía escépticos la experiencia de las escuelas burguesas, la tediosa experiencia de alumnos, la dura experiencia de enseñantes: el ambiente frío, opaco a todas luces, resistente a cada esfuerzo de unificación ideal, aquellos jóvenes unidos en aquellas aulas no por el deseo de mejorar y de entender, sino por el objetivo, implícito pero claro y compartido por todos, de salir adelante, de alcanzar un “título”, de colocar su propia vanidad y su propia vagancia, de engañarse hoy a sí mismos y mañana a los demás.

Y hemos visto junto a nosotros, llenos, pegados unos a otros en los incómodos bancos y en el espacio angosto, estos insólitos alumnos, la mayor parte de ellos no muy jóvenes, por fuera pues de la edad en la que aprender es algo simple y natural, todos pues extenuados tras una jornada de oficina, seguir con la mas profunda atención el transcurso de la lección, esforzarse por tomar apuntes, sentir fehacientemente que entre aquel que habla y aquel que escucha se ha establecido un canal vivaz de inteligencia y simpatía. Esto no sería posible si en estos obreros el deseo de aprender no surgiera de una concepción del mundo

que la vida misma les ha enseñado y que ellos sienten la necesidad de esclarecer, para poseerla por completo, para poder vivirla plenamente. Es una unidad que preexiste y que la enseñanza busca reanimar, es una unidad viviente que en las escuelas burguesas en vano se busca crear. Nuestra escuela está viva porque ustedes, obreros, llevan la mejor parte de ustedes, aquella que el cansancio de la oficina no puede aletargar: la voluntad de ser mejores. Toda la superioridad de su clase en este turbio y tormentoso momento, nosotros la vemos expresada en éste deseo que anima a una parte cada vez mas grande de ustedes, deseo de adquirir conciencia, de volverse capaces, dueños de su pensamiento y de su acción, artífices directos de la historia de su clase.

Nuestra escuela continuará, y cosechará los frutos que le sea posible: está abierta a todos los acontecimientos, un hecho cualquiera podrá alejar y dispersar mañana a todos nosotros que hoy nos reunimos en torno a ella y la difundimos y tomamos de ella un poco de la calidez, de la fe que nos es necesaria para vivir y para luchar; los balances los haremos después, pero por ahora señalamos esto, en el acto señalamos esta sensación de confianza que nos viene dada de las primeras clases, del primer contacto. Con el espíritu de estas primeras clases queremos seguir.